

habéis profanado el pan cotidiano, el pan sacrosanto, el pan del buen Dios, el pan que Jesucristo en su última cena escogió para representar su cuerpo, y después de haber negado un pedazo de él á la pobre que se presentó á las puertas de vuestra casa, lo empleásteis todo en hacer unos zapatos para vuestro hijo . . . Necesario es abrir el ataúd, quitar los zapatos de pan de los pies del niño, y quemarlos en el fuego, que todo lo purifica.

Acompañado del sepulturero y de la madre de Hanz, el sacerdote se dirigió al cementerio.

En cuatro azadonazos quedó descubierto el ataúd, que fué abierto por la madre del niño.

Hanz estaba allí tal como su madre lo había colocado; pero su rostro tenía una expresión de dolor.

El santo sacerdote quitó delicadamente de los pies del muertito los zapatos de pan, y él mismo los quemó en la flama de un cirio, recitando á la vez una oración

Cuando llegó la noche, Hanz se apareció por última vez á su madre, pero feliz, alegre, sonrosado, con dos pequeños querubines que sonreían contentos á su nuevo amigo. Hanz tenía dos alas de luz radiosa y una aureola de diamantes.

—¡Oh, madre mía, exclamó el niño; qué alegría, qué felicidad, cuán hermosos son los jardines del Paraíso! . . . Allí se juega eternamente, y el buen Dios no regaña nunca!...

Al siguiente día, la madre volvió á ver á su querido Hanz, pero no en la tierra, sino en el cielo, porque, poco antes de media noche, ella murió, con la frente reclinada sobre la cuna vacía.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sacrificio y... recompensa.

(De Paul Junka.)

I.

Sergio Plantel despertó una mañana con el presentimiento de que algo grave iba á acontecerle en el día, y de súbito se vió asaltado por un recuerdo, no sin sentir un ligero estremecimiento.

Ese día, que apenas empezaba, se lo había fijado él irrevocablemente á sí mismo para hablar á Lucía Santenay, la joven y ya célebre escultora, cuyo talento se veía proclamado brillantemente por la medalla de honor que había obtenido en el último salón.

Desde hacía largo tiempo—varios meses—la amaba silenciosa y desesperadamente, como puede amar un hombre muy joven que, no teniendo otro prestigio que el de una considerable fortuna, se siente separado por un verdadero abismo moral, de una criatura experimentada al contacto de una vida llena de adversidades, y cuya notoriedad, muy raramente conquistada, es pariente cercana de la gloria.

Habíale siempre faltado el valor á Sergio

para declarar su pasión. Interiormente se calificaba á sí mismo, con humildad, de *gusano de la tierra*, *enamorado de una estrella*, y le asaltaban vagos temores acerca del ridículo inminente de aquel paso tan necesario; tenía un miedo tremendo á la carcajada con que se acoge la manifestación de sentimientos osados en demasía. Y ese temor le había hecho hasta entonces ir de aplazamiento en aplazamiento; pero la reputación de bondad de que gozaba Lucía Santenay, lo había hecho decidirse á aventurar su petición. A fin de prepararse, de darse valor, con algunas semanas de anticipación había señalado este día en su calendario.

Llegada, pues, la hora decisiva, no se encontraba, por cierto, con más resolución que antes; por el contrario, parecía desfallecer de angustia y aprensión. Empero, se rehusó inflexiblemente toda nueva tregua, con ese obstinado orgullo con que nos place cumplir las promesas que nos hemos hecho á nosotros mismos.

¡Hablaría, pues, por fin, hoy!

Mujer de corazón excelente y de una educación esmerada, Lucía sería con él indulgente y consentiría sin duda en dejarse amar. Acaso, después de todo, le encantaría el partido que se le ofrecía. Sergio era rico y no ambicionaba otra cosa que hacerle feliz su vida.

¡Hay tantas artistas brillantes que, llegadas al pináculo de su carrera, abandonan el éxito y sus vanas agitaciones, para buscar un poco de felicidad en la paz de un hogar!

¡Oh! ¡si ella aceptara!..... ¡si ella dijera sí!...

A esta palpitante esperanza, el joven cerró los ojos, lleno de una felicidad intensa que, en su acceso, tenía puntos de contacto con el dolor.

Pero también podría suceder que Lucía dijera *no*; que despidiera al pretendiente desdeñado, con las fórmulas convencionales de las negativas corteses.

Y Sergio no quería ni siquiera pensar en ello, no quería ni siquiera detenerse y suponer

por un segundo lo que sucedería entonces. Lo que él sabía con absoluta certidumbre, es que sin Lucía la vida ya no significaría nada para él, y que una vez desvanecida de su horizonte esta esperanza, encontraríase misero y perdido como un sér que ya nada tiene que aguardar sobre la tierra.

Las horas de la mañana parecieron transcurrir interminables, en medio de la pesada obscuridad de estas hipótesis. Sergio se vistó esmeradamente; luego, con aire sombrío, é impelido por la violenta pasión de quien nunca invoca la Fe para sus resoluciones, tomó de un cajón un revólver que cargó.

—¡Adelante! murmuró con la mueca sinistra de un prolongado sufrimiento.

No almorzó; y desde que notó que el día se hallaba suficientemente avanzado para permitirse hacer una visita, se trasladó en carruaje á la avenida Villiers, en donde la artista ocupaba un pequeño palacio adornado con sencillez. Después de anunciado, entró Sergio, palpitante y febril. Sin guía, como conocedor de la casa, atrevesó el vestíbulo. Sus arterias latían locamente y la cabeza le zumbaba; fuéle necesario apoyarse en la pared, á fin de reunir sus fuerzas para afrontar aquel trance de importancia capital en los destinos de su vida.

II.

Lucía Santenay reposaba á la sazón, medio tendida entre los cojines de un diván, en el fondo de un patio interior cubierto de cristales y adornado de gigantescas plantas tropicales, del cual había hecho su taller al mismo tiempo que el lugar perferido para recibir sus visitas.

Acogió al visitante con la franca naturalidad de una persona que no prevé ninguna conversación embarazosa, y le presentó á una linda jovencita, admirablemente delicada y ru-

bia, en traje de duelo, y que se mantenía de pie al lado del diván.

—Desde la última vez que me visteis, anunció la artista con aire regocijado, me he convertido en madre de familia. Antes de morir una de mis antiguas amigas del pensionado, me legó á su hija Josefina, esta hermosísima niña que aquí veis, y que acaba de cumplir trece años. ¡Querida niña! . . . No podía caer en mejores manos, puesto que yo no tengo ningún otro sér en el mundo y estoy llegando á una edad en la cual, después de haber trabajado mucho por mí misma, experimento la necesidad de consagrarme á otra persona.

—¿Supongo que esto no es serio? dijo el joven con tono seco.

Le miró ella sorprendida, y le preguntó:

—¿Y por qué no habría de serlo? . . . Páreceme difícil encontrar un mejor empleo á los años que vienen y que me parecerían pesados en medio del aislamiento.

—Vos no permaneceríais aislada sino por vuestra absoluta voluntad, replicó Sergio, cada vez más nervioso; porque no pretenderéis decirme que pensáis consagraros en adelante á esa tarea, ingrata quizás, de educacionista, y renunciar á todas las alegrías y á todas las ternezas del hogar, que tan fácil os sería procuraros . . .

Lucía Santenay se inclinó hacia la niña, y dándole un beso, murmuró á su oído:

—Ve, querida mía; no dilates en volver . . .

La jovencita obedeció, saliendo inmediatamente, no sin dirigir antes una mirada pesadosa á aquel elegante caballero, á quien parecía molestar en sumo grado la venida de ella á la casa de Lucía.

Una vez cerrada la puerta tras de sí, la señorita Santenay repuso con acento un tanto festivo:

—Mi querido amigo: no comprendo absolutamente qué mosca ha podido picaros hoy . . .

¡Imposible abrigar ni la más remota idea de que hubiérais podido brindar una acogida semejante á mi pobre Josefina! . . . Porque, en fin, que yo me consagre ó no á ella, que yo me forme un hogar, ó que me venga en deseo el adoptar huérfanas, ¿qué puede significar para vos?

—¡Ah! ¿Vos creéis . . . ? dijo Sergio con una voz que se ahogaba en su garganta.

—No! . . . Me lo pregunto simplemente . . .

—¡Entonces no habéis visto nada! exclamó él con desesperado acento: ¡Entonces no concebís que si vuestro porvenir me importa á este punto, es porque os amo! . . .

Lucía permaneció como sobrecogida por espacio de un minuto; en seguida, con acento de sincera tristeza, dejó escapar esta frase:

—¡Pobre niño! . . .

—¿Me comprendéis? preguntó el joven con los dientes apretados: Por consiguiente, ¿me rechazáis? . . .

Alzó ella ligeramente los ojos, y dijo:

—¡Por cierto os rechazó! . . . Y más tarde me lo agradeceréis . . .

El joven se excitaba por grados, bajo la influencia de una creciente cólera.

—¿Yo? dijo: ¡Agradeceros por haber despedido lo que hay de mejor en mi corazón, el sentimiento puro, merced al cual vivo alimentando un esperanza desde hace tanto tiempo? Oh! ¡Al perder esta esperanza, pierdo mi única razón de existir!

Alarmada por esta excitación, Lucía intentó tranquilizarlo:

—Se dice siempre eso cuando uno ama . . . ó cuando cree amar . . .

Interrumpióla él, en un acceso de dolor furioso:

—¡Cuando cree amar! . . . Ah! ¡no continuéis, os lo suplico! . . . Me hacéis mucho daño, á mí, que os adoro perdidamente en secreto, y que hoy no he venido, tras de luchas innumerables, sino á pedirlos: que seáis mi espo-

sa! . . . Ved por ello si estaré seguro de amaros, cuando no concibo la vida sino á vuestro lado! . . .

Lucía, á su vez, se animaba:

—¿Yo vuestra esposa? . . . ¡Eso sería una locura, y yo no la cometeré jamás! . . .

—¿Una locura? . . . ¿Por qué?—preguntó él con aire extraviado.

—Pero, véamos . . . dijo ella movida á compasión: ¡vos no sois más que un niño á mi lado, mi pobre Sergio!

—Tengo veinticuatro años, murmuró él con aire sombrío: Es la edad del hombre! . . .

—¡Del joven, amigo mío! rectificó la artista con acento dulcemente compasivo. Yo soy casi una vieja ya . . . Sabéis que no estoy lejos de los cuarenta años . . .

Miróla él estupefacto, y exclamó:

—¡Eso no es posible! . . . ¡Parecéis tan joven! . . .

Lucía, sonriendo melancólicamente, contestó:

—Ese es, sin duda, el privilegio de las juventudes austeras: prolongarse por mucho tiempo . . . ¡Es necesario que también tengamos alguna compensación nosotras! . . . Pero no por eso es menos cierto que yo tengo mucha, mucha más edad que vos . . .

—¡Y qué importa, exclamó él, puesto que os amo! . . .

—¡No me amaréis por largo tiempo! replicó Lucía con aire súbitamente resuelto. Así, pues, importa muchísimo . . . No insistáis; es una locura, os lo repito . . . Y si deseáis seguir siendo mi amigo, no volváis á tratar de este punto, bajo ningún pretexto . . .

Y le tendió la mano.

Esto era una despedida.

Sergio, muy pálido, se levantó y dijo:

—¿Esa es vuestra última palabra?

—Sí.

—¿Vos no queréis? . . . ¿no querréis jamás?

—No! . . .

—¡Está bien! . . . ¡Me mataré! dijo fríamente el joven.

Lucía le miró con cierta vaga inquietud, y dijo:

—¡Vamos! . . . Un niño hace estas amenazas: un hombre no las lleva á cabo! . . .

—¡Un hombre en el colmo de la desesperación, equivale á un niño que sufre! replicó él con acento indefinible, en el que vibraban las inflexiones de la resolución: ¡no os sorprendáis, pues, de que al despedirme de vos, sea para daros mi adiós postrero! . . .

Antes de que ella hubiera podido replicar, el joven había salido.

Lucía permaneció inmóvil, como fija en el suelo, y sacudido todo su cuerpo por un intenso estremecimiento. Repetidas veces se pasó las manos por la ardorosa frente, como si quisiera alejar de sí toda idea de catástrofe. Pero casi al mismo tiempo tuvo que prestar atento oído á su rededor. Un movimiento inusitado se notaba en la casa.

III.

Casi en el mismo momento se abrió bruscamente la puerta, dando paso á Gerónimo, el viejo criado, quien se presentó con las facciones descompuestas y las piernas vacilantes, que parecían próximas á no poder sostenerlo más.

—Ah! ¡señorita! . . . ¡señorita!—se limitó á tartamudear.

Lucía se irguió, llena de espanto el alma, y dijo:

—¿Qué es lo que hay? . . . ¡Hablad! . . . Pero hablad de una vez! . . .

—¡Es que el señor Sergio, señorita . . . acaba de darse un balazo . . . allí . . . delante de la casa! . . . ¡Ah, Dios mío! . . . ¡Se halla tendido sobre la acera, en un mar de sangre! . . .

Lucía dió un salto y exclamó:

—¿Está muerto?

—No . . . Respira todavía . . . Han ido á buscar una parihuela para llevarlo á su casa.

Lucía ya no escuchaba; se había precipitado hacia afuera . . .

Cerca del dintel de su casa, yacía el infortunado Sergio con los ojos cerrados, en tanto que un débil soplo levantaba á intervalos su pecho, en donde, sobre una pechera blanca como la nieve, una siniestra mancha roja se iba agrandando á ojos vistos y esparciendo un delgado hilo de sangre, que iba formando un charco en derredor del cuerpo inerte, el cual estaba defendido por algunos agentes de policía, contra la curiosidad de la multitud.

En presencia de tan terrible espectáculo, un sollozo pareció desgarrar la garganta de la artista.

Casi al mismo tiempo, la compacta multitud allí agrupada empezó con dificultad á abrir paso á la parihuela destinada á transportar al herido.

—¡No! exclamó Lucía con voz ronca: ¡No, á su casa no, sino á la m'ál . . .

Y uniendo el ademán á la palabra, abrió las dos hojas de su puerta, delante del hombre que había querido morir.

Sergio fué entonces transportado al aposento más cómodo del Palacio Santenay.

Del examen médico, que se verificó sin demora, resultó que la bala, disparada por una mano temblorosa, no había tocado ningún órgano esencial y podría ser extraída fácilmente; todo se reducía á unos cuantos músculos magullados ó un poco de carne destrozada; la convalecencia misma se anunciaba tan próxima como fácil.

IV.

Las horas que precedieron á la curación, es decir, á la vuelta á la vida, las pasó Sergio en un estado singular, no exento de dulzura, y en una tranquila somnolencia, pero más apa-

rente que real, en medio de la cual se daba cuenta de lo embarazoso de su especial situación, con la confusión que causan siempre esas tentativas frustradas, y que en el caso suyo se complicaba con un extraño egoísmo dichoso. Sentía, sin consentir en confesárselo á sí mismo, que por nada en el mundo hubiera vuelto á encarnar en su papel de personaje desesperado, encantado de no haber muerto. De tiempo en tiempo, condescendía en abrir un ojo, y respondía lánguidamente á la tierna sonrisa de Lucía, quien iba de un lado á otro con solicitud maternal, le arreglaba una almohada, ó le servía una taza de tisana

Quando ella se ausentaba, la pequeña Josefina sentábase á la cabecera del enfermo y lo cubría con su mirada profunda. No había comprendido lo que había pasado, pero sí recordaba la irritación de Sergio contra ella, y su alma se hallaba herida por un misterioso sufrimiento de niña, con la noción obscura y desolada de que ella era la causa de esta desgracia, y sentía la necesidad vehemente de repararla, no sabía cómo, aun cuando fuera mediante el dón de su vida juvenil, que ella sin cesar le hacía en una sublime y silenciosa ofrenda.

El interesado por el drama íntimo que presentía se desarrollaba en aquel frágil corazón, Sergio, estudiaba, por su parte, á la jovencita, cuando creía no ser observado . . .

Empero, llegó un día en que le fué necesario levantarse. Pronto los médicos le juzgaron suficientemente restablecido para permitirle volver á su domicilio en carruaje. No podía, pues, seguir aceptando por más tiempo, sin indiscreción, la afectuosa hospitalidad de la artista, y hubo de resignarse á la partida.

—No hablemos más de ello, dijo Lucía, sonriendo, en los momentos en que él le expresaba su gratitud, al tiempo de separarse de ella.

—Al contrario, hablemos de ello, replicó el joven, con la gracia zalamera de un niño con-

vencido al que nada se puede ya negar: porque, al presente, vos me queréis bien, ¿no es así?

Miróle ella con aire de intensa sorpresa, y luego exclamó con resolución:

—¡Ah . . . ¡no! . . . ¡absolutamente!

Sergio no comprendió nada; así, pues, tartamudeó:

—¡Cómo! . . . ¡y yo que creía . . . ! ¡En fin, yo casi he muerto por vos, Lucía! . . .

—¿Y después? dijo ella con una rudeza que él no le conocía: No es justo, por otra parte, lo que estáis diciendo . . . Vos, casi habéis muerto, por la razón infinitamente mezquina que se oculta tras de las grandes palabras ¡por despecho, por cólera irreflexiva de joven demasiado mimado, quien no concibe que lo que él quiere no pueda cumplirse, por la sola razón de que él lo quiere y entiende que así debe ser y sea.

Sergio bajó la cabeza.

Lucía, en tanto, habíase levantado, y se paseaba de uno á otro extremo del taller, cruzados los brazos, y magnífica en su altivez y en su desdén.

—¡Mirad! prosiguió: ¡Si viérais cómo me impacientáis los jovencitos de esta época, con vuestro eterno *me mataré!* . . . Todos sois lo mismo, ese es vuestro argumento supremo y que consideraréis irresistible . . . ¿Cuándo llegaréis á comprender que lejos de ser así, es simplemente todo lo contrario? . . .

—¡Oh! . . . murmuró Sergio, confundido y avergonzado de ser juzgado ridículo, después de haberse él creído un héroe.

—Sí, prosiguió diciendo Lucía; esa es una concepción sorprendente y de una ingenuidad egoísta. No se ve otra cosa en el día en todos los diarios: ¡jóvenes y niños que mueren porque no se les quiere ó no se les puede amar! . . . ¡Que mueran, pues, ya que son débiles! . . . ¿Suponéis acaso que por salvar la vida de alguien . . . la vuestra, por ejemplo, querido

amigo . . . esté obligada yo á sacrificar la mía? . . . Porque no otra cosa que sacrificar la vida, es unirla á la de un sér cuya sociedad habría de ser una carga, no siendo del compañero que una hubiese libremente elegido ¡Ah, mi pobre Sergio! Los jóvenes como vos, que no encuentran otro refugio que la deserción final, esos se hallan muy lejos de las mujeres como yo, que nada han hecho sino á fuerza de valor y de energía, para que vengamos á pensar después, ni siquiera un minuto, en asociar nuestro destino al vuestro !

Aquí calló Lucía, oprimida, bella en su altiva indignación. Sergio, frente á ella, sentíase ahora tan insignificante como un niño. No obstante, preguntó:

—Y, sin embargo, si yo hubiese muerto, ¿vos lo hubiérais sentido?

Ella contestó con altivez:

—Os habría compadecido . . . ¡No sabría yo decir si deben ser sentidos los que así desaparecen! . . . ¡Se van . . . porque son inútiles, incapaces de realizar su obra en este mundo!

Jamás Sergio había mirado antes la cuestión desde un punto de vista tan severo.

Mortificado cruelmente, herido en lo más sensible de su orgullo, no encontraba, empero, una sola palabra que replicar, y al recuerdo de su inútil locura, se le llenaban los ojos de lágrimas.

Entre tanto, Lucía seguía con mirada penetrante los progresos íntimos de la ejecución que acababa de llevar á efecto, inspirada y resuelta como un cirujano que introduce el bisturí en las carnes vivas. Y adivinando los pensamientos que en ese instante cruzaban por la mente del joven, le tomó la mano, asumiendo de nuevo un aire maternal y le dijo:

—¡Sí, hijo mío; vana es la desesperación! . . . ¡Que á lo menos las consecuencias de la vuestra, sean saludables! . . . Partid lejos de aquí, á uno de los países nuevos en donde la imicia-

tiva se desarrolla y toma libre vuelo; trabajad y esforzaos por llegar á ser un hombre de espíritu fuerte. ¡Os emplazo aquí mismo para dentro de cinco años, en un día como este!... ¿Queréis? . . . De aquí á entonces, habréis realizado alguna cosa útil, sobre todo habréis aprendido que no hay nada de cierto, fuera del valor reflexivo, es decir, lleno de resignación ante aquello que no puede humanamente impedirse, y . . . ¿quién sabe si aquí mismo no encontraréis entonces vuestra recompensa!..... ¡Adiós, Sergio! . . . ó, mejor dicho, ¡hasta luego! . .

Inclinóse él profundamente ante la mano viril que estrechaba la suya, y se alejó de allí, como aturdido y descontento de sí mismo y con todas sus ideas trastornadas y confusas.

Ah! El pobre Sergio no se hallaba ahora muy orgulloso de sí mismo. Las enérgicas palabras de la artista habían encontrado en él un eco inteligente, y despertado ese altivo sentimiento de dignidad personal que cada uno lleva dentro de sí, aunque á menudo suela interpretarlo muy mal. Profundamente humillado por no haber logrado inspirar á Lucía otra cosa que esa piedad condescendiente que las almas superiores brindan á las almas débiles, sentía de manera profunda su acto desatentado y experimentaba un deseo, convertido ya en obsesión, de probar por medio de una conducta valerosa, que aquél no había sido sino un momento de aberración, uno de esos arrebatos de juventud, de que el hombre ya formado no vuelve jamás á acordarse.

¡Partir, sí! . . . ¡Lucía tenía razón! . . . ¡Eso era lo que hacía falta! . . . Llegar hasta los grandes países desconocidos, y templar allí sus músculos y su voluntad

Y recordando entonces que uno de sus antiguos discípulos estaba á la sazón reuniendo un grupo de colonos para Madagascar, fué á verle, á fin de ofrecerle el concurso siempre eficaz de la humanidad en el esfuerzo. Se le

aceptó con entusiasmo, y pocos días después el desesperado de no ha mucho, se embarcaba, llevando en el fondo del corazón una esperanza radiosa, é iba á estudiar la ciencia de la vida!.....

V.

El colono fué puntual á la cita que Lucía Santenay había dado al convalesciente Sergio Plantel.

Cinco años más tarde, en el día señalado, llegaba á París un hombre vigoroso, de cutis bronceado y de ademanes resueltos, en el cual difícilmente hubiérase reconocido al muchacho flexible y de una delicadeza infantil, á quien la valiente artista había rechazado en otro tiempo.

¡Y él mismo no se reconocía ya! . . . ¡Cuán lejos y descoloridos, como sueños casi olvidados, parecíanle todos aquellos acontecimientos! . . . Costábale creer que el sér afeminado y pueril, cuya gran desesperación le venía ahora vagamente á la memoria, fuese el mismo hombre de cerca de treinta años que era á la sazón.

¿Había querido morir él, Sergio Plantel?... ¿Era eso posible entonces? . . . Sobre esta acera que ahora pisa con un pie firme, delante del pequeño palacio siempre igual de la avenida Villiers, allí se había hallado tendido, ensangrentado, en medio de unos cuantos ociosos asustados! . . .

¡Oh, Dios! ¡Qué extraño, y qué inverosímil parecíale aquello!

Evocaba el espectáculo atroz, así cual si fuera un caso sucedido á otra persona, como una de esas desgracias ocurridas á gentes que nos son indiferentes y de las cuales apenas si queda huella en la memoria; ó bien como una escena de esos melodramas negros que dejan una reminiscencia confusa; y si había guardado recuerdo del tumultuoso pesar, causa de la catás-

trofe, no llegaba ahora á darse cuenta cabal de su realidad, ni á imaginar siquiera por un minuto el atroz sufrimiento experimentado entonces.

¡Qué de transformaciones se operan en esta vida!

¿Amaba él siempre á Lucía Santenay? Pensaba que sí, pero á la vez consideraba que ese sentimiento se había singularmente atemperado con el tiempo y la ausencia.

¿Volvió él para casarse con ella? Nada podía decir.

Pero no había olvidado que la artista le había prometido el tierno misterio de una recompensa; y con un reconocimiento infinito hacia la noble mujer que le había salvado librándole de sí mismo, una curiosidad ardiente y dulce le volvía á la tranquila morada de donde había salido curado moral y físicamente, después de haber entrado allí quebrantado y manando sangre.

Encontró á Lucía sobre el diván de su taller.

Hubiérase dicho que no habían transcurrido algunos años y que un drama había preparado la emoción de este nuevo encuentro.

Solamente el viejo Gerónimo se hallaba un poco encorvado, y su ama, por un admirable artificio de que el viajero no se dió cuenta en el primer momento, si bien siempre hermosa, llevaba un traje más severo y tenía empolvados los cabellos, que ya empezaban á ponerse grises, según decía ella con una sonrisa apacible y unos aires de abuela.

—Y ahora, amigo mío, preguntó Lucía una vez cambiadas las primeras efusiones: ¿qué vais á hacer? . . . ¿No creéis haberos ganado una buena tregua de reposo y bienestar?

Iba él á contestar; pero se detuvo, cohibido.

Lucía, mientras hablaba, había llamado, y la puerta se abría en ese instante, dando paso á una suave visión.

—Amigo mío, repuso la artista: he aquí á

Josefina, quien piensa en vos sin remordimiento! . . . Cree ella que vos le tenéis mala voluntad por haber, con su venida, desbaratado proyectos, que ella, por lo demás, ignoraba . . . A vos os toca juzgar si debéis sacarla de su error! . . .

Deslumbrado Sergio, contempló aquel rostro primaveral, su gracioso semblante, sus grandes ojos que irradiaban ese esplendor de vida que brilla en las pupilas de las jóvenes. Entre tanto, á su oído llegaba la voz de Lucía, que le decía muy bajito:

—¡He ahí, Sergio, á la mujer que debéis amar, á la mujer que os ama, á la joven compañera de vuestra vida! . . .

E inclinó hacia él su cabeza empolvada, y él comprendió entonces por qué aquella exquisita criatura quería tener los cabellos blancos! . . . Tomó la mano á Josefina, toda temblorosa á la sazón, y ambos, para que ella los bendijera, se arrodillaron delante de quien, después de haberles preparado la vida, abría ante ellos un maravilloso sendero de amor! . . .

UNIVERSIDAD DE NUEVO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTREY, MEXICO

Los zapatos de Benedetta.

(De Blanche Rousseau).

En una aldea frondosa y verde, en donde las graciosas casitas se abrigaban bajo las cimas de los olmos ó de los castaños, y en donde los hilos de agua clara brillaban y se entrecruzaban en las praderas de botones de oro, vivía una joven llamada Benedetta. Su cabaña rosa y blanca estaba colocada en lo alto de una colina cubierta de césped, á donde iban á pastar las cabras y los corderos; de las pequeñas ventanas claras y brillantes, entre las persianas rosas, se veía extenderse los grandes prados de la aldea, llenos de líquenes y de fleolas, en donde las libélulas volaban como nubes azules. Los amplios caminos se hallaban al pie de las casas; las gallinas picoteaban en los patios; la iglesia parroquial se levantaba entre las lilas, y, á lo lejos, los azules bosques en círculo como una sortija surcando la aldea. Junto á la blanca casita de Benedetta, levantando su torrecilla cerca del techo rojo, se alzaba un sencillo palomar semejante á un juguete; y todo el día los pichones

y las palomas blancas volaban al rededor de la colina; á veces se formaban á lo largo del canal, arrullándose y alisando sus plumas; pero á la voz de Benedetta caían á su rededor, semejando bellísimos copos de nieve, y venían á comer en su mano.

En frente de esta cabaña, se alzaba otra colina y otra casita. La colina era de arena roja, cubierta de retama y de brezos; un manantial brotaba al pie, con el ruido de una boca fresca derramando el agua por sus labios. La casita era pobre y negra; su techo de rastrojo descendía muy bajo sobre las pequeñas ventanas, y la puerta siempre abierta y las paredes, estaban agrietadas y casi cubiertas de musgo; pero al rededor de esta pobre habitación, las adormideras, las rosas y los girasoles floreaban, unos después de otros, de la primavera al invierno; y la casita arruinada se escondía entre las flores.

Ahí vivía un zapatero, joven, delgado, de rostro pálido, cabellos largos, muy silencioso, y á quien jamás oían reír. Los del pueblo no lo querían por su gravedad y porque no se mezclaba en las diversiones de los otros mozos; les parecía feo, y, sin embargo, su rostro era agradable y fino y dulce como su rara sonrisa. Era cortés, y con los ancianos y los niños era particularmente afectuoso. Lo llamaban *el Solitario*, pero su nombre era Mateo.

No había en el lugar hombre más serio que Mateo, como no había muchacha más linda que Benedetta. Era sonrosada y rubia, con pequeños bucles dorados que bajaban hasta sus pestañas; siempre estaba riendo. Por la mañana, cuando salía de la casa para abrir las persianas, Mateo la miraba largamente; y la miraba aún ir y venir con su vestido de flores azules, cantando todo el día en medio de los pichones y de las tórtolas. Cuando la tarde comenzaba á caer, Benedetta se ponía un sombrero grande de paja adornado con una guirnalda de rosas, y llevando en cada mano el asa

de un pequeño cántaro, brillante, bajaba la colina hasta el manantial, de donde sacaba su provisión de agua. Entonces solía levantar la cabeza, y se admiraba del hombre grave y pálido, quien, desde el umbral de su puerta, la miraba atentamente.

Una tarde, él la sonrió; y á la noche siguiente, Benedetta tuvo un sueño.

Sonó que su madre le decía:

—Benedetta, la fiesta se acerca; anda á la casa del zapatero de enfrente, y mándale hacer un par de zapatos de fina piel roja.

—Sí, madre, decía Benedetta.

—También traerás, decía la anciana, un poco de agua de la fuente, para el café.

Benedetta se ponía su sombrero y bajaba la colina; balanceaba en su mano un cántaro grande de barro; al rededor de ella las verdes langostas volaban en espesas nubes. Bajaba la colina, luego subía, entre la retama y los brezos, hasta la casa del zapatero. Este estaba sentado á la puerta, trabajando como de costumbre . . .

Al oír que alguien se acercaba, levantó los ojos . . .

—¿Eres tú? decía: ¿eres tú, Benedetta?

Ella respondía:

—Soy yo; vengo á mandarte hacer unos zapatos de fina piel roja.

—¡Ah! exclamaba él; entra, pues, entra en mi casa.

Ella lo miraba, y he aquí que de repente todo se transformaba al rededor de ellos. Ella ya no estaba en una pobre cabaña, sino en un jardín maravilloso, entre grandes flores de oro, que se agitaban suavemente bajo un cielo azul, entre un zumbido de abejas. Y en ese cielo, un astro raro, negro, y sin embargo, luminoso, iluminaba con una suave claridad parecida á la sombra que hay bajo los grandes árboles, los días de sol ardiente. Había mucho silencio . . . Se oía solamente zumbir las abejas y

un ruido extraño . . . golpes sordos dados con regularidad: tap, tap, tap . . .

Benedetta despertó.

Acababa de salir el sol.

Vistióse la joven, abrió las puertas y salió de la casa . . . Dirigió una mirada hacia el zapatero inmóvil en el umbral de su cabaña, y creyó ver que le sonreía. Al entrar en la pieza, su madre le dijo:

—Benedetta, la fiesta se acerca. Anda á casa del zapatero de enfrente, y mándale hacer un par de zapatos de fina piel roja.

—Sí, madre, dijo Benedetta.

La anciana añadió:

—También traerás una poca de agua de la fuente, para hacer el café . . .

—Sí, madre, volvió á decir Benedetta.

Y, un poco turbada al ver realizarse su sueño, partió, con su sombrero grande lleno de rosas, y el cántaro de barro, que balanceaba.

Ya el sol calentaba dulcemente la hierba, y la langosta volab aformando nubes. Benedetta bajó la colina y subió entre las retamas y los brezos floridos, hasta la habitación del zapatero. Estaba éste, como siempre, sentado á la puerta de su casa; al oír acercarse á la joven, levantó los ojos, pero los bajó en seguida, turbado, y la saludó sin hablar. Ella se detuvo delante de él y le dijo tranquilamente:

—Se acerca la fiesta . . . Quiero que me hagáis, para ese día, un par de zapatos de fina piel roja.

—Entrad, murmuró el joven, entrad en la casa.

—No, dijo ella vivamente; es inútil; aquí está uno muy bien.

Y dejó su cántaro en el suelo, mientras que Mateo entraba al cuarto á traer una silla.

Volvió casi en seguida; y haciendo sentar á Benedetta, se arrodilló delante de ella y tomó la medida de su pequeño pie. Esto no fué muy largo; pero cuando terminó, no se levantó la joven: permaneció inmóvil en su silla,

mirando al zapatero proseguir su trabajo—un sólido zapato de hombre —y hundir en la suela gruesos clavos uno por uno: tap, tap, tap.

—¡Qué bien trabaja!—pensaba ella.—¡Qué hábiles son sus dedos!

Y, distraída, le preguntó:

—¿Qué hacéis todo el día?

—Trabajo.

—¿En qué trabajáis? preguntó aturdidamente.

El, sin demostrar sorpresa, respondió:

—Hago zapatos; zapatos para los pequeños pies de los niños que juegan, y zapatos para los pies de los hombres que trabajan. Yo soy quien calzo todos los pies que suben y bajan estos caminos todos los días; tengo mucho trabajo . . .

—Sí, dijo Benedetta pensativa . . .

—He hecho zapatos para todos los del pueblo, siguió diciendo el joven; pero á vos, es la primera vez que os veo; seguro os calzará alguno de una aldea vecina, porque aquí, yo soy el único zapatero . . .

—Sí, dijo Benedetta.

Y dejó vagar su mirada lentamente sobre los grandes girasoles que los rodeaban; al hablar, miró á Mateo, y de repente se puso pálida y temblorosa; él tenía los ojos muy abiertos sobre ella, y en esos ojos extraños, transparentes como un cristal, veía la imagen del país de su sueño; sí, las flores de oro, el cielo azul en donde brillaba un astro raro, negro, y sin embargo, luminoso, arrojando sobre todas las cosas esa claridad suavizada, como la del sol cuando está velado por alguna nubecilla; un camino bajando por una colina cubierta de retamas y de zarzales henchidos de rosas, y otro camino extraviado en las praderas, del que no se veía el fin . . . Pero todas esas cosas lejanas, parecían pequeñísimas por la distancia, y, no obstante, tan claras! . . .

. . . Benedetta contuvo un grito.

Ella estaba ahí, entre esas rosas, como en su

sueño . . . Se veía distintamente . . . su rostro, sus ojos, las rosas de su sombrero . . .

El zapatero bajó los ojos, y todo se desvaneció. En el profundo silencio, Benedetta oía zumbiar las abejas y el ruido sordo del martillo sobre el cuero: tap, tap, tap . . .

—Adiós, dijo ella con voz incierta; volveré. Y bajó la colina.

Al día siguiente, Benedetta estuvo inquieta; no se animaba á mirar hacia la cabaña de Mateo, y penso en todo lo que había oído decir de él á las otras jóvenes, en todas las burlas á propósito de su rostro pálido y de su aislamiento . . . Iba y venía, cantando y riendo como de costumbre; pero su alma estaba preocupada. En la tarde, su madre la preguntó:

—¿Cuánto costarán los zapatos?

—No lo sé, dijo Benedetta.

—¿No lo sabes? . . . ¡Muchacha imprevisora! Corre á casa del zapatero, y preguntásele al instante.

Benedetta bajó otra vez la colina, y otra vez subió entre las retamas y los brezos floridos. El zapatero no estaba en la puerta; ésta estaba cerrada. Benedetta llamó tímidamente:

—Toc . . . toc . . . toc . . .

—¿Eres tú? dijo una voz dulce en el interior. ¿Eres tú, Benedetta? . . . Entra, pues.

Benedetta entró.

El zapatero estaba sentado delante de la ventana abierta, en una pieza pobre y oscura. ¡Qué cuarto tan pobre! Sólo se veían montones de cuero; por únicos muebles una mesa en un rincón y dos sillas de palo . . . Zapatos de todas especies estaban alineados á lo largo de una pared; desde las pesadas botas de los aldeanos, hasta las botitas de cuero azulado, de los bebés que comienzan á andar; las paredes estaban tapizadas de un papel gris con flores de malva; un viejo grabado representando un ángel en oración, estaba colgado encima de la chimenea; pero apenas se distinguían esas cosas en la sombra.

—Vengo, dijo Benedetta, á preguntaros lo que costarán mis zapatos.

—Tus zapatos, Benedetta, tus zapatos . . . todavía no están terminados, dijo el zapatero con voz extraña, agregando después de un momento: serán unos buenos zapatos, bastante sólidos para un largo viaje.

Benedetta dirigió una mirada sobre el trabajo de Mateo, y exclamó estupefacta:

—¿Qué estáis haciendo? ¡Esos no son mis zapatos! ¡Yo no os he pedido zapatos de viaje!

— . . . Zapatos sólidos para un largo viaje, repitió Mateo, ocupándose activamente en cortar en el cuero negro el empeine de un zapato de mujer. . .

Y diciendo esto, levantó los ojos lentamente. . .

Benedetta retrocedió hasta la pared.

En los ojos extraños, fijos en los suyos, una imagen aparecía. primero lejana . . . luego más próxima . . . luego enteramente cerca . . . ¡Y era la imagen de un cuarto maravilloso! El cuarto de Mateo, pero crecido, embellecido, iluminado por una claridad divina . . . ¡Eran las mismas paredes, pero las flores de la tapicería salían de la sombra vivientes y embalsamadas, y de un color encendido! Y el ángel del grabado desplegó de súbito sus alas, y se cernió con un suave ruido de plumas . . . Y, en el fondo de la pieza, la hilera de las botas pequeñas y grandes, las unas nuevas, las otras medio usadas, brillaban como si estuvieran hechas de luz. . . .

Benedetta avanzó la mano. . . . tocó una flor. . . aspiró su aroma. . . .

Mas allá de la pieza, por la ventana abierta, el país que ya se le había aparecido, se levantó otra vez, lentamente, en los ojos del solitario . . . Hé aquí las flores de oro; aquí la colina y el camino que baja entre las retamas y el otro camino sin fin . . . ¡Oh, país maravilloso! ¡Tan suavemente se agitan las corolas!

¡Tan atrayentes son los caminos bajo la dulce luz misteriosa de un astro inmóvil en un cielo de azul! . . .

Benedetta da un paso hacia adelante . . .

— . . . Zapatos sólidos para un largo viaje. . .

La dulce voz de Mateo dejó caer las palabras en un profundo silencio. Como saliendo de un sueño, Benedetta levantó la cabeza. El zapatero estaba sentado delante de ella, con los ojos bajos sobre su trabajo; la pieza no había cambiado de aspecto; afuera, las abejas zumbaban entre los girasoles.

—¡Adiós! dijo Benedetta.

—¡Adiós! dijo el solitario.

Y cuando ella estuvo en la puerta, él añadió:

—Por precio de tus zapatos, Benedetta, pido tu risa . . . ¿Es cara? . . . Nada de dinero, sino tu risa . . . tu risa, Benedetta.

Pasaron dos días; se acercaba la fiesta, y Benedetta pensó

—Ya han de estar hechos mis zapatos.

Se puso su grande sombrero, y subió á la casa del solitario.

Desde que en pago le había pedido su risa, Benedetta no había reído. Silenciosa y grave, iba y venía entre los pichones y las tórtolas; pero su corazón estaba lleno de alegría, y una sonrisa misteriosa radiaba sin cesar sobre sus labios. Ese día, subió, alegre, hasta la casa de Mateo, y sin tocar, empujó la puerta. . . .

—Buenos días, solitario; vengo por mis zapatos.

—Un momento, dijo el zapatero; estarán terminados dentro de un momento.

Y trabajaba activamente, poniendo los ojillos de cobre en los agujeros, dando la última mano á los bonitos zapatos negros, á la vez sólidos y elegantes, y una radiante sonrisa vagaba por sus labios.

—Buenos zapatos, dijo sin detener el movi-

miento de sus dedos; zapatos que no acabarás pronto; zapatos para caminar largo tiempo....

—Zapatos para bailar mucho tiempo, Mateo; os he pedido zapatos para bailar . . .

—¡Oh! ¡qué importa! ¡qué importa! dijo él con dulzura: los hombres y las mujeres que saben y bajan esos caminos, no bailan, caminan . . . caminan desde por la mañana hasta por la noche; en sus casas, en los caminos . . . todo el mundo camina. También tú caminarás, Benedetta.

—¿A dónde caminaré, Mateo?

—Caminarás á donde escojas, dijo, y pasando los cordones por los ojillos, agregó: ¡Bah! ya están . . .

Se arrodilló, y, descalzando á la joven, le puso los zapatos, murmurando en voz baja y dulcemente:

—¡A dónde escojas caminarás, Benedetta!...

Y levantándose, le dirigió sus miradas deslumbradoras.

Benedetta extendió los brazos . . .

Los ojos crecían, crecían tanto, que ella acabó por no ver los párpados . . . El rostro de Mateo se borró también gradualmente, como llevado por la distancia . . . El hombre se borró, las paredes se borraron . . .

Ya no hubo, delante de Benedetta, más que aquel país maravilloso que había entrevisto dos veces . . . Las grandes flores amarillas se agitaban suavemente entre las abejas zumbadoras; los caminos abiertos en un valle feliz, en donde los prados floridos de oro se ostentaban entre las casitas, á orillas de los caminos inundados de claridad . . .

Inconscientemente, obedeciendo á un secreto deseo, avanzó con los brazos extendidos... Avanzó . . . entró en el paisaje . . . descendió el primer sendero, bajo una colina.

Parecía que se hacía de noche lentamente: porque la luz vertida de un astro velado en el azul del cielo, parecía más bien la sombra suave de una luz . . . Un tierno color flotaba con

un aroma de hierba y de flores, y como Benedetta avanzaba siempre, costeano un río plateado, se oyó llamar por unas voces suaves que parecían voces de ángeles:

—¡Benedetta! . . . ¡Benedetta! . . .

Una muchedumbre de niños venía hacia ella. Estaban vestidos con ligeras túnicas flotantes, coronados de rosas, y avanzaban dulcemente cogidos de las manos . . . Sus ojos y sus labios reían; sus frentes tenían la palidez del narciso; sus rostros, de una rara belleza, irradiaban con luz divina. Avanzaban lentamente, llamando á Benedetta; sus largas cabelleras de oro se balanceaban detrás de ellos . . .

—¡Benedetta! . . . ¡Benedetta! . . . ¡Por fin veniste! . . .

Reían y la rodeaban; ella se dejaba, tranquila, sencillamente feliz. La cogieron de las manos y la llevaron á lo largo del río . . . La noche estaba tranquila; los insectos de oro zumbaban en la superficie del agua . . . Grandes libélulas púrpuras salieron de los juncasles y comenzaron á volar dulcemente al rededor de los niños . . .

—Detengámonos aquí, dijo uno de ellos.

—¿Puede una detenerse? preguntó Benedetta: Hay que caminar . . .

—Puede uno detenerse á veces, ¿no lo sabes? Los del pueblo se detienen para soñar, á las puertas de sus casas; se detienen para comer; se detienen para dormir . . . ¡Mira qué agua tan linda! . . .

Benedetta se inclinó, y vió en el agua su reflejo, rodeado de la muchedumbre de ángeles; y vió también el reflejo de todos los rosales, y el reflejo del cielo con aquel astro que parecía la sombra suave proyectada de un rayo de sol. Un silencio inefable, en donde sólo palpitaban los ruidos de alas sedosas y las voces de niños, que parecían deslizarse muellemente con el murmurio del río . . . ¡Y por todas partes, al rededor de ella, Benedetta veía cosas extrañas! Cosas conocidas y, sin embargo, ignoradas,

como si las hubiera visto en sueños . . . Una colina de hierbecilla tierna; una casita rosa y blanca . . . y allí, otra colina, al pie de la cual, brotaba un manantial á donde iban á beber, en bandadas, los pichones y las tórtolas . . . Benedetta reconoció esos pájaros, y corrió hacia ellos:

—¡Mis pájaros! . . . ¡Mis pájaros! . . .

Revoloteaban éstos gritando, y los ojos rosas de las tórtolas, brillaban entre su blanco plumaje . . . Al ver venir á Benedetta, bajaron suavemente al rededor del manantial, entre los breñales floridos . . . Benedetta los miró un instante . . . También miró su casa, que reconoció, con la puerta abierta y el palomar vacío; luego, allá arriba, en la cima de la colina, otra casita muy pobre, muy gris, delante de la cual se balanceaban grandes flores de oro. Hacia esa humilde cabaña, fué, sin embargo, hacia donde trepó con paso ágil, agarrándose á las retamas, y seguida de lejos por los bellos niños, cuyas voces debilitadas morían en la distancia . . . Subió; se detuvo delante de la puerta, y la abrió bruscamente.

El solitario estaba parado delante de ella, silencioso y grave; estaban en el cuarto desnudo en el que solamente se veían algunos pobres muebles y la hilera de zapatos contra la pared; afuera, las abejas zumbaban . . .

Mateo sonrió lentamente, y murmuró:

—Y bien, Benedetta: ¿quieres pagarme los zapatos?

—Los zapatos . . .

—Me prometiste tu risa, Benedetta, no lo olvides! . . . Tu risa para mi pobre cuarto . . . Tu risa para mi soledad . . .

—¡Ah!

—Págame, Benedetta; dame tu risa . . .

Benedetta lo miró, y en los ojos del hombre—ojos como todos, sólo más claros y más luminosos—ella vió pasar la imagen lejana del país de su visión . . . Volvió á ver en sueños el viaje, el río de plata, los niños coronados de

rosas. Y puso su mano en la mano de Mateo.

Entonces, al bajar la cabeza, vió que sus zapatos no eran zapatos de viaje, tampoco zapatos para bailar; sino zapatos blancos, blancos como la nieve, blancos como dos palomas blancas . . . ¡zapatitos de novia! . . .

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El Subprefecto

en los campos.

Balada en prosa.

(De A. Daudet.)

El señor Subprefecto recorre su jurisdicción, haciendo sus visitas oficiales. Con el cochero por delante y el lacayo por detrás, la calesa de la Subprefectura le lleva majestuosamente al concurso regional de la Combe-aux-Fées. Por ser ese día tan memorable, el señor Subprefecto se ha puesto su hermoso traje bordado, su pequeño clac, su calzón ajustado de plateadas cintas, y su espada de gala su espada de puño de nácar. Yace sobre sus rodillas una gran servilleta de piel graneada, á la que él mira tristemente.

Sí . . . el señor Subprefecto mira tristemente su servilleta de piel graneada. Es que piensa en el famoso discurso que va á serle preciso pronunciar dentro de un momento ante los habitantes de la Combe-aux-Fées:

—Señores y queridos administrados.....
Pero, por más que tuerce y retuerce la rubia seda de sus patillas, repitiendo veinte veces seguidas:—«Señores y queridos administrados»..... no viene la continuación del discurso.

No, la continuación del discurso, no viene..... ¡Y tanto calor que hace en la calesa.....! A lo lejos, el camino de la Combe-aux-Fées brilla polvoso bajo los rayos del sol ardiente..... El aire está abrasador..... y en las copas de los olmos que bordean el sendero, todo cubierto de blanco polvo, millares de cigarras parlotean, cantándose sus confidencias. De súbito el señor Subprefecto se siente conmovido. Allá abajo, al pie de un ribazo, acaba de distinguir un bosquecillo de verdes y lozanos encinos que parece atraerle.

Sí . . . el bosquecillo parece llamarlo:

—Venga usted aquí, señor Subprefecto; para componer su discurso, estará usted mucho mejor bajo la sombra de mis árboles.

El señor Subprefecto no resiste á la seducción; de un salto baja de su calesa, y dice á los que le acompañan, que lo esperen, porque él va á componer su discurso en el bosquecillo de verdes y lozanos encinos.

En el bosquecillo de lozanos y verdes encinos, hay pájaros, violetas, y fuentes que murmuran entre la fina hierbecilla. . . . Cuando sienten llegar al señor Subprefecto con su calzón de plateadas cintas y su servilleta de graneada piel, los pájaros, temerosos, han suspendido su canto; las fuentes, medrosas, han acallado sus murmurios; y las violetas se han escondido bajo el tupido césped.

Todo ese mundo pequeño, jamás ha visto un Subprefecto, y en voz baja se pregunta quién es ese apuesto señor que se pasea llevando un un traje tan hermoso y resplandeciente. . . . Sí . . . en voz baja, bajo el delicioso follaje se pregunta quién es el arro-

gante señor de calzón corto con plateadas cintas . . .

Entretanto, el señor Subprefecto, enagena- do con el silencio y la frescura del bosquecillo, recoge las plateadas cintas de su fino calzón, deja su clac sobre la hierba y se sienta sobre el musgo al pie de un lozano encino; después extiende sobre sus rodillas su gran servilleta de graneada piel y coloca sobre ella una an- cha hoja de papel ministro.

—¡Es un artista! dice el gorrión rojo.

—No, dice el pinzón boyero: no es un artis- ta, puesto que lleva un fino calzón de platea- das cintas; es más bien un príncipe . . .

—Es más bien un príncipe, repite el pin- zón.

—Ni un artista, ni un príncipe, interrumpe un viejo ruiseñor que ha cantado durante to- da una estación en los jardines de la Suprefec- tura.—Yo sé lo que es: ¡es un Subprefecto! ..

Y en todo el bosquecillo se oye cuchichear:

—¡Es un Subprefecto! . . . ¡Es un Subpre- fecto! . . .

—Pero . . . ¡qué calvo está! advierte una alondra de hermoso copete.

Las violetas preguntan:

—Y un Subprefecto . . . ¿es un hombre ma- lo? . . .

—¿Es un hombre malo, un Subprefecto? preguntan las violetas.

El viejo ruiseñor contesta:

—Nada de eso . . . ¡todo lo contrario!

Y con esta seguridad, los pájaros vuelven á elevar su canto, las fuentes dejan de nuevo oír sus murmurios, y otra vez las violetas tornan á embalsamar el ambiente, como si el señor no estuviera allí . . . Impasible en medio de todo este delicioso ruido, el señor Subprefecto invo- ca de todo corazón á la Musa de los comicios agrícolas, y, levantando la mano con que ha

tomado el lápiz, comienza á declamar con so- lemne entonación:

—Señores y queridos administrados . . .

—Señores y queridos administrados, dice el Subprefecto con solemne entonación.

Una carcajada le interrumpe; se vuelve, y no se ve más que un grande picoverde (1) que ha ido á posarse sobre su clac y desde allí le mira, riendo. El Subprefecto se encoge de hombros y quiere continuar su discurso; pero el picoverde le interrumpe de nuevo, y aleján- dose, parece gritarle en tono de burla:

—Y eso . . . ¡á qué viene?

—¡Cómo, á qué viene! . . . dice el Subpre- fecto, sintiendo que la sangre enciende su ros- tro.

Y espantando con un gesto á aquel audaz pa- jarillo, repite, dando mayor solemnidad á su entonación:

—Señores y queridos administrados . . .

—Señores y queridos administrados, ha re- petido el Subprefecto dando á su entonación mayor solemnidad:

Pero, entonces, he aquí que las violetas se yerguen hacia él, sobre el extremo de sus ta- llos, y le dicen dulcemente:

—Señor Subprefecto, ¿exhala usted, como nosotras, un delicioso aroma? . . .

Y las fuentes le dejan oír su divina música, bajo el césped; y en las ramas, arriba de su ca- beza, parvadas de alondras llegan á cantarle sus más lindos ritornelos; y todo el bosquecillo conspira para impedirle componer su discurs- so . . .

Sí . . . todo el bosquecillo conspira para im- pedirle que componga su discurso . . . El señor Subprefecto, embriagado de perfumes, ebrio de música, trata vanamente de resistir al nue-

(1) Ave de plumaje amarillo y verde, del género de los picos: *picus viridis*, de Linneo.—N. del T.

vo encanto que le invade. Se apoya de codos sobre la hierba, desabrocha su hermoso traje, y balbucea aún dos ó tres veces:

—Señores y queridos administrados . . . Señores y queridos adm . . . Señores y querid . . .

Después . . . el señor Subprefecto da á los administrados al diablo; y á la Musa de los comicios agrícolas, no le queda otro medio que cubrirse el rostro . . .

¡Vela . . . vela tu faz, oh Musa de los comicios agrícolas! . . . Cuando, al cabo de una hora, los empleados de la Subprefectura, inquietos por su señor y amo, penetran en el bosquecillo, ven un espectáculo que les hace retroceder asombrados . . . ¡El señor Subprefecto estaba acostado boca abajo sobre la hierba, desaliñado como un bohemio, con el traje en desorden . . . y, mascujando distraidamente algunas violetas, el señor Subprefecto estaba haciendo versos!! . . .



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Un robo misterioso

(De Gregorio de Orziski.)

I.

Silbó la locomotora, sonó la campana, y el tren entró en la estación. Abriéronse las portezuelas. Unicamente Ernesto Czato no se movió de su sitio. Al poco rato se asomó á la ventanilla y llamó al jefe de estación.

Al presentarse éste, dijo:

—Voy á pedirle á U. un favor.

—Baje U., porque el tren se detiene aquí.

—No me es posible hacerlo sin que U. haga constar, como testigo, que me han robado.

—¿Le han robado á usted?

—Sí, señor, una cartera con diez mil florines que contenía.

—¿Dónde? ¿Cómo? ¿Quién? preguntó el jefe de estación.

—No lo sé. Ese dinero no me pertenece, y debía entregárselo á mi patrón. Por tanto, mi honor exige que se demuestre oficialmente el robo de que he sido víctima. Tenga la bondad de llamar á un comisario de policía y de bu scarme dos testigos.

—Ya que se empeña usted en ello,—le contestó el empleado á quien empezaba á interesar aquella historia,—el conductor y yo le serviremos á U. de testigos. Precisamente ahí está el comisario. Cuénteles usted lo ocurrido.

El viajero llamó al funcionario público, y le explicó el caso en muy pocas palabras.

—¿Cómo se llama usted? le preguntó el comisario.

—Ernesto Czato, y soy Intendente del Barón de Saraglay. Anoche . . .

—¿Su edad de usted?

—Cincuenta años.

—¿Es usted casado?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted hijos?

—Ninguno.

—¿Qué le han robado á usted?

—Anoche,—contestó Czato con tenebrosa voz,—recibí de Su Excelencia un telegrama diciéndome que necesitaba inmediatamente diez mil florines. Estaba yo cenando con varios amigos, en celebración del santo de mi mujer, que se llama Juliana . . .

—Vamos á la cuestión del robo, interrumpió el comisario.

—Pues bien: leí el telegrama á mi esposa, y le dije: «Yo mismo iré á llevar ese dinero, puesto que tengo qué hablar con Su Excelencia». Nos levantamos de la mesa, saqué de la caja los diez mil florines en billetes, y me los metí en el bolsillo. Hice enganchar un coche, di un abrazo á mi mujer, y á la media hora estaba en la estación. Un empleado cerró la portezuela del carruaje donde yo acababa de subir, sonó una campana, y el tren se puso en marcha.

—Prosiga usted . . .

—Me senté, y me dormí como un bendito, y no me he despertado hasta llegar aquí. Al abrir los ojos, he buscado la cartera, y he visto con sorpresa que me la habían robado.

—¿Y cuándo se durmió usted?

—A los pocos momentos de mi salida.

—¿Se ha despertado usted durante el viaje?

—No me acuerdo.

—¿Ha notado usted algo durante el sueño?

—Sí, una corriente de aire.

—¿De dónde procedía?

—Me parece que de la ventanilla.

—¿Sospecha usted de alguien?

—No, señor. He venido solo en el coche.

—¿Ya sé quién es el ladrón! exclamó el comisario. ¡El conductor! . . .

—No es posible, dijo el jefe de estación.

—Nada hay imposible, tratándose de dinero. ¡Que llamen á ese hombre!

El conductor, que estaba en el andén, se puso pálido como un muerto cuando el comisario, sujetándole por un brazo, le dijo:

—¿Dónde están los diez mil florines que ha robado usted?

—No sé de qué me está usted hablando. Soy inocente, caballero.

—Todos los ladrones dicen lo mismo. Ahora, por de pronto, va usted á la cárcel, á disposición del juez.

—Pero, señor comisario, interrumpió el jefe de estación, la conducta de este hombre ha sido siempre ejemplar.

—En materia de dinero, no hay conducta ejemplar que valga, repuso el comisario. A la cárcel ahora mismo! . . . Baje usted inmediatamente, señor Czato, porque también va usted á seguirme.

El viajero abandonó su asiento, sorprendido del sesgo que iba tomando el asunto, y exclamó:

—¡Le advierto á usted, que soy un hombre honrado!

—Eso se lo dirá usted al juez de instrucción.

—¡Le digo á usted que me han robado! . . .

—¿Le pertenecía á usted el dinero?

—No, señor; pertenecía á mi principal.

—Cuando se trata de dinero ajeno, no hay

que fiarse de nadie. ¡Sígaueme ustedes inmediatamente!

II.

El juez de instrucción, Matías Herveder, era un gran criminalista, partidario decidido de la misma escuela, el cual solía decir:

—En todo crimen misterioso interviene una mujer, á quien es preciso encontrar á toda costa.

Enterado del hecho denunciado por el comisario, lo primero que hizo Herveder fué disponer la incomunicación de los dos acusados, siendo inútiles todas las súplicas y lamentaciones de Ernesto Czato.

—Resulta del interrogatorio, dijo el juez al escribano, que uno de los malhechores, el viajero Czato, es casado. Por tanto, es preciso expedir un telegrama, disponiendo que sea conducida aquí inmediatamente su mujer. El conductor, como es soltero, debe tener novia, y si podemos descubrir dónde reside, esas dos mujeres nos darán la solución del problema.

Herveder hizo comparecer á su presencia al conductor, y sin preámbulo alguno, le preguntó:

—¿Dónde vive su novia de usted?

El acusado se puso encarnado como la grana, y dió al juez el nombre y la dirección de su novia. Llamábase ésta, Cipriana Lotti, y servía de doncella en casa del doctor Rosentok, domiciliado en la calle de «Los Tres Tambores.»

— . . . ¡Basta! . . . dijo el juez con una sonrisa de triunfo en los labios. ¡Lleve usted al acusado á su celda!

Después dió orden de detener á Cipriana Lotti, la cual, al cabo de poco tiempo, se presentó al despacho de Herveder, acompañada de un agente de policía. Este había hecho un registro en la habitación de la acusada, y en el cajón de una cómoda había encontrado sie-

te florines y veinticinco kreutzers, que entregó al magistrado.

—¡Está bien! dijo éste al policía. Puede usted retirarse

Después, volviéndose hacia Cipriana Lotti, y mirándola cara á cara, le preguntó:

—¿Dónde está lo que falta?

—No sé de que me habla usted, señor juez.

—Me refiero á los 9,992 florines y 75 kreutzers del robo

—¡Soy inocente! . . . contestó Cipriana, echándose á llorar.

—Son inútiles sus negativas. Lo sé todo, y me consta que está usted enamorada del conductor

—Me ha dado palabra de casamiento.

—¿Y en dónde ha ocultado usted el dinero?

—¿Qué dinero?

—El dinero robado. ¿Dónde están los 10,000 florines?

—Yo no sé nada . . . ¡Soy inocente, señor juez! . . .

—¡Ya veremos! . . .

Herveder hizo retirar á la acusada, y dispuso que uno de los alguaciles fuese en busca de Juliana Czato, que acababa de llegar en tren expreso.

—Siéntese usted, señora, le dijo el juez, y ármese de valor . . . Voy á comunicarle á usted una noticia en extremo desagradable. ¡Su marido de usted ha hecho un robo! . . .

—No es posible!

—Sí, señora. Ese hombre salió ayer llevando los 10,000 florines que debía entregar á su principal

—¡Los 10,000 florines! . . . ¡Pero si no los llevaba consigo!

—¡No comprendo!

—Dejó la cartera con el dinero en un velador. Como celebrábamos mi santo, bebió más de lo regular, y no supo lo que hacía. Después noté el olvido, y telegrafíé al barón lo que había pasado.

—¡No es posible! exclamó el juez fuera de sí.

—Vaya si lo es! . . . Pregunte usted á Su Excelencia.

Herveder se convenció de que había acusado injustamente á dos hombres y á dos mujeres. Pero, como medida de precaución, telegrafió al barón de Saraglay, el cual afirmó las aseveraciones de Juliana Czato.

El juez puso en libertad á los acusados, y dijo para sí:

—¡Mi sistema no falla nunca! Gracias á la busca y captura de esa mujer, en seguida he puesto en claro el robo misterioso de la línea de Agrad.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El primer premio.

(De J. d' Esparves).

I.

Los pobres cultivan la alegría. Alina no se había reído en su vida tanto como aquella mañana.

—¿Es posible, le dijo una anciana que estaba á su lado, que estés tan alegre una hora antes de asistir á tu concurso?

La muchacha lanzó una carcajada y contestó:

—Pero, abuelita, ¿quieres que ante el jurado me presente con cara de pocos amigos? ¿Qué pensaría la reina del concurso, la rosa natural que nos van á hacer pintar, si me presentara ante ella con el rostro melancólico y abatido?

Era Alina una muchacha encantadora que acababa de cumplir 17 años, y regenteaba en un pueblo una escuela de niñas.

El certamen á que debía concurrir, era la última buena obra de un pintor, muerto sin gloria hacía poco tiempo. Al establecer un premio de 3,000 francos para las jóvenes mayores de quince años, que hubiesen cumplido los veinticinco y pintasen mejor un paisaje,